

PERMANENCIAS Y DIFUMINACIONES EN EL MUNDO DEL TRABAJO: UNA VISION DE LA CONTINUIDAD Y EL CAMBIO EN LA TRADICION Y LAS TRAYECTORIAS LABORALES DE LOS SASTRES COSTARRICENSES

“El cementerio es así mucho más antiguo que el pueblo, fundado por el año del centenario, casi todavía bajo el brillo del cometa. El puesto de sepulturero es casi una dignidad, desde la Guerra Grande, cuando menos, una generación tras otra, los hombres de la familia Caceré, la mas pobre de todas, la más humilde e iletrada, se han transmitido esa dignidad de un modo dinástico. Y nadie les ha discutido esa inclinación y ese derecho.

(Augusto Roa Bastos. Hijo de Hombre)

“Todos opinaban, discutían, gritaban porque consideraban fuera de lugar y fuera de la tradición familiar, que algún miembro de aquella familia trabajadora, pretendiera ganarse la vida por otros medios que no fueran el trabajo de sus manos y de sus brazos”.

(Luisa González. A ras del suelo).

Carlos Hernández

Abstract

This article employs a variety of sources, (censuses, newspapers and oral sources), to explore a unique labour tradition consolidated in the urban areas of Costa Rica during the 19th and 20th centuries. It studies the relationship between processes of socio-historical structuration and transgenerational employment patterns amongst tailors. The article advances towards an explanation of the reproductive mechanisms –or the factors which weakened– the transmission of the tailor's trade from generation to generation.

Resumen

El artículo explora a partir de fuentes diversas (censales, orales, hemerográficas) una singular tradición laboral consolidada en el mundo urbano costarricense a lo largo de los siglos XIX y XX.

La relación existente entre los procesos de estructuración socio-histórica y las trayectorias ocupacionales transgeneracionales, en el gremio de la sastrería, es estudiada en el largo plazo y con ello se avanza en la explicación de los mecanismos de reproducción –o los factores que provocan el debilitamiento– de los patrones de transmisión intergeneracional del oficio.

El que «los hombres se parecen más a su tiempo que a sus padres», bien podría pasar por una de esas viejas sentencias, a las que el paso de los años curiosamente concede mayor validez. El aserto, por simple que resulte, no deja de resumir una compleja verdad que alude a los profundos significados de lo generacional y a los límites objetivos que pesan sobre los procesos de transmisión de experiencia. ¿Qué se afirma y qué desaparece lenta o intempestivamente, por o a pesar del empeño de quienes desean mantener con vida –o por el contrario desgastar como caducas– determinadas prácticas y tradiciones? ¿cuánto del pasado es legible y transmisible, y cuánto de él es simplemente diluido por los pequeños oleajes o las grandes marejadas del cambio histórico?, parecieran ser, por igual, cuestiones a las que el adagio pretendería en cierto modo ofrecer una sugestiva y palmaria respuesta.

Lo que está de por medio es la contradicción entre la costumbre y la razón, entre la rutina y la conveniencia; criterios disímiles que con frecuencia conducen a la infranqueable encrucijada de abandonar las rutas largamente recorridas por varias generaciones, o por el contrario, mantener lealtad y apego a un modo y un medio de vida.

En muchos, casos la decisión sobre el camino a seguir la toman hombres y mujeres, en una azarosa o repensada tentativa por continuar igual o aventurar nuevas opciones. En otros tantos, en definitiva habrán decidido simplemente las circunstancias.

En buen grado, lo que nos proponemos asumir y enfrentar, guarda estrecha relación con este problema de los sentidos a veces inescrutables de la continuidad y el cambio. Nuestro interés, por supuesto, no apunta en dirección a atender el problema general de las reticencias y transformaciones sociales a través del tiempo y muy por el contrario se encamina a explorar y dar cuenta de un ámbito específico, un sector concreto y una situación particular. De momento interesa establecer y explicar, tan exhaustivamente como sea posible, de qué manera la concurrencia de ciertos factores y situaciones afianzaron y desgastaron tradiciones ocupacionales de larga vida, como es el caso de ciertos oficios artesanales y agrícolas, tanto en la ciudad como en el campo. En sentido estricto lo que interesa es determinar si efectivamente existió un proceso de consolidación de ciertas continuidades ocupacionales que involucrara y uniera, por diversos motivos, a varias generaciones a lo largo del tiempo.

Más allá de la consabida lógica social guiada por las elementales pretensiones de estabilidad o ascenso, más allá de las conocidas determinaciones de estructura o de la previsible incidencia del proceso de formación de clase, nuestra pesquisa y nuestras reflexiones aspiran a resolver el problema, escrutando la posible injerencia de situaciones particulares, avistadas en perspectiva histórica. De tal manera, a los aspectos generales más inmediatos del entorno social, se suman factores específicos vinculados con la dinámica del mundo laboral y más concretamente con la persistencia o la ruptura definitiva con el oficio. De este modo tratamos de asegurar la perspectiva de conjunto, salvando las interconexiones de ese cambiante mundo de estructuras globales, con el no menos importante y dinámico dominio de la cotidianidad, el parentesco, el medio familiar, la vecindad, el gremio y la vida pública. El maridaje entre visión macroscópica y microanálisis permitiría de este modo, advertir ya no solamente la incidencia de los movimientos de población, las reestructuraciones económicas las grandes mutaciones socioculturales y los violentos o pausados giros de la política, sobre la conducta de rígidos agentes en el mercado laboral, sino que haría al mismo tiempo observable el rol de aspectos también decisivos al momento de considerar el por qué del apego o abandono de una determinada tradición laboral.

A distancia de los enfoques sociológicos que por lo general han visualizado más enfáticamente el problema de las estrategias de movilidad social y las trayectorias de clase, nuestro empeño está más bien puesto en la reconstrucción de patrones socio-ocupacionales, históricamente conformados, en los cuales la lógica de clase y la estructura económica están lejos de agotar por sí solas la explicación de los diversos comportamientos y adscripciones –o deserciones– gremiales.

Ordinariamente lo que se pone de relieve son las transformaciones en las condiciones socio-económicas: la industrialización con su secuela de cambios en la redefinición de la división sexual del trabajo y la extinción de ciertos oficios artesanales;¹ la manumisión o la lenta integración de “las castas”, que hace que ciertos “oficios vergonzantes” (tómese por caso la farmacopea o la medicina en buena parte de la América Latina del siglo XIX) devengan rápidamente en cotizadas ocupaciones, que en parte por ello se profesionalizan y dan origen a nuevas tradiciones laborales; situaciones meramente contingentes como el agotamiento o reemplazo de algún recurso (carbón, maderas preciosas, fibras vegetales), el hallazgo de un yacimiento mineral que da principio –o una plaga que trunca– una dedicación de larga vida a un mismo oficio (ciclos del oro y el cacao). Más claro aún es el impacto de las innovaciones tecnológicas, con sus implicaciones depresivas o alentadoras sobre las determinadas tradiciones laborales (tranviarios, tejedores y sombrereros, contrastan con aviadores, mecánicos y obreros del sector textil). Ni que hablar de la ambigua incidencia de las crisis económicas, o ciertos procesos regionales de reconversión productiva, que afirman algunas tradiciones laborales, en tanto, interrumpen o liquidan definitivamente otras. Tómese por caso el abandono de una plantación bananera que en tanto afecta negativamente a oficios como el de cortador, conchero, fumigador, etc., pueden indirectamente promover la dedicación al comercio o a la pesca, por no hablar de recampesinización a marcha forzada e invasiones de tierra.

Siempre considerando la esfera material y de las oscilaciones de la economía, la comparación de los efectos de las crisis del periodo de entreguerras evidencia como a nivel latinoamericano, la situación vivida originó respuestas o estrategias de subsistencia que implicaron el desempeño de trabajos o tareas adicionales, cuando no el cambio de ocupación, la ejecución de labores inusuales o “impropias” del género (masculino o femenino) e incluso la migración, todo lo cual significó, por lo general, el abandono de un oficio en el cual la familia había tenido parte a lo largo de décadas.²

Compartimos por entero el que las trayectorias laborales, así como la elección misma de las profesiones u oficios, dependen en lo esencial de decisiones ajustadas a los más elementales criterios de racionalidad o conveniencia económica, mas sin embargo, múltiples factores de otra índole deben ser tomados en cuenta, a la hora de proponer modelos interpretativos sobre las tendencias de largo plazo, orientadas a la continuidad o discontinuidad en el ejercicio de los mismos. Son muy variados los ejemplos de cambios súbitamente planteados por alteraciones graduales o violentas, en aspectos como la educación, las relaciones de género, las políticas sociales o las relaciones interétnicas.

Cuestiones estrictamente apegadas a las divergentes conformaciones culturales explican, por ejemplo el por qué de diferencias bastante apreciables en los patrones de transmisión de experiencia y modos de vida en grupos sociales separados por divisorias étnicas. No todas las veces ello se debe a una particular división del trabajo artificialmente creada por políticas discriminatorias o criterios racistas. En el caso de

Costa Rica por ejemplo, si se considera la región del Caribe como universo social aislado, se advertirá el peso concreto de este factor, a la hora de explicar las razones de una estructuración tan particular de aquella sociedad litoral durante el período del telégrafo y los ferrocarriles. Ahí, por motivos eminentemente culturales, una población de origen afroantillano (a diferencia de la población local que mostraba el ancestral apego a la tierra), luego de consolidar un largo proceso que coronó sus aspiraciones de recampesinización, mostró un recalco interés por alcanzar el sueño aún más ambicioso, de conquistar para su prole un futuro alejado de la “indigna” condición de jornaleros o trabajadores agrícolas. Para la comunidad de origen afroantillano, las improntas de la educación, la profesionalización e incluso la migración al mundo urbano allende las fronteras, quedaron temprana y más claramente planteadas. En este caso las trayectorias ocupacionales (aun antes de la caída del cacao y el advenimiento de la agricultura de cambio), tenderían a abundar en casos de discontinuidad, debilitamiento y, por supuesto, ruptura, contrastando visiblemente con la más estable y persistente tendencia a la continuidad en las labores u oficios agrícolas de los grupos de población de origen hispano establecidos en la región.³

En otros casos la cuestión cultural, aunque presente, no es el factor único, ni de mayor incidencia en la explicación de tendencias particulares hacia la continuidad o discontinuidad transgeneracional en un determinado oficio. Los criterios de adscripción, el sentido de pertenencia a una comunidad más cerrada, y subsecuentemente la construcción de verdaderas redes de integración y solidaridad (con las ventajas implícitas que ello supone) reforzaron, en el caso de los inmigrantes chinos, una tendencia transgeneracional a la permanencia en el sector servicios y aun más específicamente en actividades comerciales, en un ámbito que si bien se consolidó originalmente en el mundo de los enclaves, pronto se extendería más allá de sus fronteras.

Es probable así mismo, que la ética de la sociedad patriarcal, con su rígida segregación y celoso cautiverio del mundo femenino haya, en nuevas fases de modernización social, creado y consolidado espacios y funciones restringidas a la mujer,⁴ algunas veces en tributo a la imagen prevaleciente que la consagraba como formadora de hábitos, lealtades y principios ciudadanos (maestras de primeras letras); o en otras, atendiendo a los estereotipos sobre su proverbial destreza manual y particular vocación para labores repetitivas, no complejas (textileras, selección de la semilla, etc.). No es menos conocido que se explotaba en igual forma su condición “delicada y graciosa” (pureras, telefonistas, dependientes de comercio) y, por supuesto, en todos los casos en resguardo de la moral que sancionaba el contacto corporal y la intimidad del diálogo, se diferencié rígidamente el desempeño de ciertas labores, para evitar así contactos y situaciones inadmisibles (modistas, peluqueras), todo lo cual tuvo innegable repercusión en el nacimiento de algunas continuidades ocupacionales de larga vida.

En suma, son muy diversos los factores asociados con la génesis, afirmación, debilitamiento o muerte de determinadas tradiciones laborales. Ya está visto que tanto factores asociados con el bienestar social, movilidad geográfica del trabajo, dinámica de la economía familiar, estructura del empleo y los salarios, de igual manera que factores subjetivos, vinculados con cuestiones como la cultura y la ética del trabajo, la respetabilidad, escala jerárquica y valoración social de los oficios, la imagen global de las relaciones entre géneros, las relaciones interétnicas y el sentido de pertenencia a comunidades o grupos al interior del mundo del trabajo, en su interrelación dan sentido a la participación y continuidad, o por el contrario hacen poco atractiva la permanencia en

determinadas labores u oficios, cuya condición y rentabilidad se ven en todo momento afectadas, por los constantes cambios del entorno.

El caso de un oficio artesanal propiamente masculino como es el de los sastres permite, en buen grado, comprender de qué manera, la conjunción de factores materiales y extraeconómicos, tanto como ciertos movimientos y cambios a nivel de las unidades de producción y las estructuras sociales mismas, pueden encumbrar y luego llevar a punto de declive y desvanecimiento, a un sector tan importante y conspicuo del mundo laboral costarricense.

La concurrencia de ciertos procesos y circunstancias, que afectaron tanto a las diferentes unidades como a la sociedad en su conjunto, dan finalmente cuenta del por qué de una edad dorada, en la que el oficio de sastre pervivió y se expandió ininterrumpidamente a lo largo de generaciones, para luego conocer un largo crepúsculo que vino a la postre a desgastar notablemente su prestigio y significación, al tiempo que a cortar largas trayectorias y limitar antiguas opciones de emersión o consolidación social, antes alcanzadas gracias al aprendizaje, desempeño y permanencia en el mismo.

Es bastante conocida la importancia de la importación y comercio ilícito de telas que desde el periodo colonial hizo posible el afianzamiento de un destacado grupo de sastres que desde entonces destacó. Así mismo en otras ocasiones se ha remarcado la importancia de la dinámica económica generada por la producción y las exportaciones de café y muy particularmente sus consecuencias para el sector artesanal. Si bien este vertiginoso proceso (dados los efectos perversos del comercio importador-exportador) acabó liquidando o reduciendo a su mínima expresión a importantes sectores del rústico artesanado local, es claro que su impacto sobre algunos ramos como el de sastrería fueron más bien benignos, toda vez que el acceso a materias primas, mayores posibilidades de cualificación del trabajo, diversificación de la oferta (por no hablar de los cambios en los patrones de consumo) y transferencia tecnológica, permitieron un pausado pero progresivo crecimiento y desarrollo del gremio.

El crecimiento de las emergentes ciudades, en asocio con la consolidación de patrones culturales urbanos, fortalecieron aún más la tendencia al crecimiento y consolidación de pequeños talleres que compitieron ventajosamente con los almacenes de “ropa hecha” y trajes importados. Ya así por el año de 1889, aparecen cincuenta y dos direcciones de sastres josefinos, algunos de los cuales, ubicados en la Calle del Comercio, como Constantino Rodríguez, Valenzuela & Co., Herrero, Urreistieta, Elías Rosendo y Montero & Co., ya tenían bastante tiempo en el ramo.⁵

Las fuentes llamativamente revelan que por entonces los sastres (al menos un número que sobrepasaba la mitad de los que aparecen en el listado) se concentraban en la parte más céntrica de la ciudad, lo cual contrasta con la situación prevaleciente quince años más tarde, cuando pese a la permanencia de los principales talleres y de un número considerable de sastres, la mayor concentración (más del 40% del total) se distribuía en el “Distrito Hospital”, la zona capitalina en expansión, cuyas barriadas populares crecían rápidamente desde tiempo atrás.

Con todo y que existan problemas de fiabilidad a la hora de considerar lo que indica el listado de 1889 en relación con la cantidad y localización de los sastres josefinos, es claro que al cambio de siglo, algo estaba aconteciendo en ese microcosmos laboral, que provocaba una particular concentración de los mismos en un distrito con las particulares características del anteriormente aludido.

Cuadro 1

SASTRES: DISTRIBUCION POR DISTRITOS CENSALES EN 1904

Distrito	No. de casos	Porcentaje	Acumulados	
El Carmen	33	11.3%	33	11.3%
Catedral	79	27.1%	112	38.4%
Central	10	3.4%	122	41.8%
Hospital	124	42.5%	246	84.2%
La Merced	45	15.4%	291	99.7%
La Soledad	1	0.3%	292	100%

Fuente: Censo Municipal de San José, año 1904.

Según nuestra información, en 1904 existían 292 sastres, de los cuales 124 laboraban en el sector noroccidental de la ciudad. Se trataba esencialmente de sastres domiciliarios, aunque es algo más que sugerente el hecho de que el mayor número de oficiales (un 47% del total registrado) y de aprendices (prácticamente el 40%), se hayan localizado precisamente en esta parte tan peculiar de San José. Llama aún más poderosamente la atención el que en este foco de concentración de trabajadores de sastretería, no se reportara absolutamente ningún cortador, pues de los siete que declararon serlo, cinco aparecieron reunidos en sitios bastante céntricos de la ciudad. Merece mención especial el hecho de que no fuera consignada la existencia de absolutamente ningún sastre en el Distrito de La Dolorosa, y que se contabilizara únicamente uno en el de La Soledad. Todo lo anterior resulta bastante revelador, pues da idea de la organización y estructura de la producción en este ramo artesanal, por no mencionar las sugestivas tendencias que remarca en lo concerniente a la organización y especialización del espacio urbano de la ciudad capital.

Como ya ha sido destacado, abundan las unidades domésticas y el sastre, apoyado ordinariamente por trabajo familiar, toma encargos y contrata su trabajo. Pareciera ser que la mayoría de los artesanos por entonces laboraban confeccionando piezas encargadas, o bien "quemaban la vista", trabajando a destajo para algunos talleres o maestros reputados. En estas circunstancias, la relación existente entre oficios no puede sino ser particularmente destacada, dado que la subcontratación de costureras, según nos reveló un acreditado informante,⁶ era un recurso al que ocasionalmente echaban mano algunos sastres y pequeños propietarios de talleres. Estos contactos –frecuentes o esporádicos– entre oficios relacionados, sumados a la situación muy particular de explotación cotidiana de trabajo familiar (tanto infantil como femenino), favorecían un temprano y efectivo aprendizaje, así como la relativa traslación de contactos, ventajas y créditos gremiales, y en ese sentido el mayor legado de posición y respetabilidad social para los hijos varones.

Esta situación se presentaba en momentos en los que el oficio, y más específicamente los artesanos a él dedicados, recibían el amplio beneficio de un desarrollo social que reclamaba la formalidad en el vestir (no es casual en ese sentido la ocasional imbricación del oficio de sastre con el de músico o el de militar). Por otra parte las bondades de la reforma educativa (obstruida por recelo eclesiástico pero también complicada por la pesada herencia de una cultura escasamente letrada), apenas

empezaban a disuadir a los sectores populares del mundo urbano, acerca de las nuevas posibilidades de un ascenso social más ágil y gratificante.⁷

Los sastres de San José, a juzgar por la información recabada, constituían una comunidad gremial de características bastante singulares. Se trataba de una población relativamente joven, tanto que la cuarta parte del total era menor de veinte años, siendo el caso además que más del sesenta por ciento no superaba los treinta. Es importante poner de relieve que por 1904, estos trabajadores mayoritariamente católicos y nacionales, rara vez se dedicaban a otro tipo de labores.⁸ Pese a no disponer de datos sobre niveles de escolaridad, si se desprende de la información disponible, que un porcentaje sumamente alto (cerca del 95%) sabía leer y escribir, aunque el mismo censo demuestra que muchos de ellos abandonaron la escuela a muy corta edad para dedicarse por entero al oficio.⁹

La vida de estos artesanos varía según sean sus condiciones en la escala jerárquica del gremio y los términos de ejecución o contratación de su trabajo. Evidentemente la vida de un maestro o cortador jamás podría compararse con la de alguno de sus oficiales, como tampoco podría serlo la de estos últimos con la propia de un sastre independiente. En general –aun con los problemas de precisión del censo de 1904– podría sostenerse que los sastres domiciliarios constituían el sector más importante y por ello al hablar del gremio, más allá del ámbito reconocido de los talleres, un mundo segmentado y recluso en la esfera familiar y el ámbito doméstico reclama también un lugar destacado. Aunque desde décadas atrás han aparecido algunos talleres de importancia, en la mayoría de los casos, el sastre labora en casa y por ello su visión de la vida en esencia es la de su trabajo.

Aunque por supuesto hay ocasión para el ocio y la socialización, el trabajo en el caso de estos artesanos se encuentra ocupando una posición central, totalmente integrado en una esfera privada a la que termina por absorber finalmente: la vida y el trabajo simplemente se confunden en un espacio indiferenciado en el que las rutinas laborales y familiares tienen lugar.¹⁰

En general, la impresión que deja la información sobre la localización domiciliaria de los artesanos confirma la impresión inicial de que las comunidades y el parentesco estuvieron estrechamente relacionados con la ocupación laboral. Es sumamente llamativo el advertir la muy frecuente concentración de sastres que no se reduce a la coincidencia en distritos, sino que también comprende la vecindad en barrios y calles. Un entramado de elementales relaciones comunitarias y familiares pareciera constatarse en lo que los censos revelan y los informantes recalcan: en la conformación de núcleos así como en la iniciación o reclutamiento de trabajadores, tanto las redes de parentesco, como la vida comunitaria misma, jugaron un papel de suma importancia.¹¹ Lo anterior se hace patente en el notable aglutinamiento de artesanos avencidados en una misma calle, en “distritos obreros”, y más aún en la reiterada situación de grupos familiares y hogares, en los que el jefe –sea hombre o mujer– labora junto con hijos y parientes cercanos, compartiendo un sitio que es a un tiempo morada y lugar de trabajo.¹²

Vale la pena al respecto el recalcar que de los doscientos cincuenta y cuatro hogares en los que en 1904 se constató la residencia de sastres, al menos en veintiocho (aproximadamente el 12% del total) dos o más de ellos se hallaban unidos por lazos laborales y familiares, siendo lo más frecuente el que se tratara del padre con uno o más hijos (o parientes cercanos), e incluso de la madre cabeza de familia, ocupada en

las labores “de su sexo”, junto con una prole en la que destacaban sastres, costureras y algún otro trabajador sin mayor cualificación.¹³ En suma la familia, la comunidad y también la clase, fueron por lo visto, elementos centrales en el establecimiento de relaciones recíprocas y de mediación, en el mundo artesanal que continuaba conformándose aceleradamente en el San José de principios de siglo.¹⁴

El aprendizaje refleja esta situación particular, pues de hecho la mayor parte de los informantes a quienes preguntamos acerca del asunto, declararon (más adelante se verá en detalle) haber sido contactados o persuadidos por miembros del grupo familiar.

Hubo casos como el de José Román Chavarría, un guanacasteco que de niño trabajó en labores agrícolas y (por recomendación de la madre que aparte de enseñarle lo esencial, le hizo ver de paso que “...ser sastre era muy bueno, porque siempre hacían falta esos trabajos en todos lados”) posteriormente emigró y aprendió muy rápidamente el oficio, llegando a ser maestro en San José hacia la década de los años cuarenta.

Según él mismo refirió, posteriormente, inició y aleccionó a varios muchachos hijos de conocidos y también a otros “del terruño”, que, como él antes, llegaron a la ciudad, aprovechando ahora la ventaja de “un familiar o paisano, más o menos bien colocado”.¹⁵

Aun en el caso de Harold Nicholas, el aprendizaje del oficio y la vinculación con el gremio, se dio por mediación de familiares. El señor Nicholas era hijo de inmigrantes jamaicanos que llegaron en 1904 a Cartago y luego se establecerían en “El Turrujal”, dedicados al negocio de la purería. Según recuerda el entrevistado, fue justamente su padrino quien le llevó al taller de Luis Laurito para que “le amarraran el dedo” como a todo aprendiz y, dado que resultó muy bueno, como sastre se independizó e hizo vida. Aunque el mismo entrevistado no lo tiene presente, ya por el tiempo que inició el aprendizaje, varios sastres jamaicanos, muy probablemente vinculados con sus padres, laboraban desde hacia años en San José.

Del mismo modo que el resto de sastres entrevistados, el señor Nicholas, un lúcido e invaluable informante, refirió que fueron muchos los familiares e hijos de vecinos y amigos a quienes personalmente enseñaría años más tarde el oficio que les proporcionaría un digno medio de vida.¹⁶

El aprendizaje del oficio, un proceso que bien podría llevar entre dos y cuatro años, dependiendo de las aptitudes e interés del aspirante y de la buena disposición y capacidades del instructor o maestro, por lo general daba principio a los once o doce años, pero –según la información censal– no eran pocos los casos de aprendices que por diferentes motivos principiaron antes al hacer abandono de la escuela y se cuentan también por varios los de hombres de treinta y más años que iniciaron tardíamente el proceso.

El asedio de las diversas fuentes indica que el uso restrictivo de este instrumento de selección y cualificación laboral no llevó a los extremos de exclusión y control del mercado de trabajo por parte de gremios organizados, aunque si fue por lo general (los sastres de ayer y de hoy no se cansan de poner en relieve que el aprendizaje y el buen maestro forman a un verdadero artista) un elemento reafirmador de la singularidad, la distinción y en ese sentido de la identidad particular de quienes se desempeñan en el oficio.¹⁷

La información proporcionada por el censo de población del año 1927 permite apreciar algunas cuestiones de interés no abordadas por el ya citado censo municipal de 1904. En primer término, es curioso advertir un aparente estancamiento numérico del

gremio en el primer tercio del siglo XX. Esto es particularmente llamativo, sobre todo si se toma en cuenta que frente a los doscientos noventa y dos sastres registrados en la ciudad capital en 1904, el censo practicado en el segundo lustro de los años veinte arrojó un inesperado total de doscientos ochenta y ocho, con lo cual aparentemente lo que se pone de manifiesto, es una leve pero ciertamente enigmática contracción de la comunidad artesana.

Al igual que en el caso de las costureras, se desconocen las causas precisas de ese aparente estancamiento. Podría conjeturarse que la mayor disponibilidad de “ropa extranjera” y la incipiente fabrilización de la producción de prendas de vestir, en coincidencia con tiempos de desempleo, notable migración interna y bajos salarios –propios de ese irregular periodo– perfectamente pudieron haber limitado la expansión del gremio, cuestión que indiscutiblemente vendría a cuestionar nuestra teoría, en el sentido de que elementos de ruptura más que de continuidad se harían evidentes.

Lo que en buen grado, sin embargo, explica esa curiosa tendencia a la baja –en ambos casos– es la dinámica de crecimiento y relocalización de buena parte de la población trabajadora, que en esa fase de entreguerras se movía y reubicaba apreciablemente, en puntos no comprendidos dentro de las jurisdicciones distritales establecidas al momento de la realización del censo.¹⁸ El desborde de una población desplazada, hacia emergentes barriadas localizadas sobre todo al este y al sur de San José (como Turrujal o Carit), daría cuenta de esa situación probablemente ficticia de decrecimiento, dado que por razones bastante comprensibles (en un reconocido contexto de crisis habitacional y reorganización espacial), serían especialmente pequeñas unidades domésticas las que se trasladarían o bien proliferarían en estos nuevos espacios abiertos del mundo popular ciudadano.¹⁹

Cuadro 2

SASTRES DE LA CIUDAD DE SAN JOSÉ SEGÚN EDADES QUINQUENALES EN LOS AÑOS 1904 Y 1927

Grupos de edad.	1904	1927	1904	1927	1904	1927
	No.	No.	%	%	% acumulado	% acumulado
10-14	9	8	3.1	2.8	3.1	3.1
15-19	56	45	19.2	15.6	22.3	18.7
20-24	56	32	19.2	11.1	41.4	29.8
25-29	43	23	14.7	8.0	56.2	37.8
30-34	37	26	12.7	9.0	68.8	46.8
35-39	21	30	7.2	10.4	76.0	57.2
40-44	17	42	5.8	14.5	81.8	71.7
45-49	21	26	7.2	9.0	89.0	80.7
50-54	12	24	4.1	8.3	93.2	89.0
55-59	8	10	2.7	3.5	95.9	92.5
60-64	8	12	2.7	4.2	98.6	96.7
65-69	2	4	0.7	1.4	99.3	98.1
70-74	0	3	0.0	1.0	99.3	99.1
75 y +	2	3	0.7	1.0	100.0	100.0

Fuente: Censo Municipal de San José, año 1904, y Censo de población de la República de Costa Rica, año 1927.

Al margen de ello es interesante poner de relieve que en el término de los veintitrés años que median entre uno y otro recuento, algunas de las características del gremio no experimentaron mayores cambios. Así por ejemplo, teniendo a la vista la información correspondiente a 1927 es claro que los sastres continuaron siendo casi en su totalidad hombres jóvenes (seis mujeres declararon dedicarse al oficio), nacidos en Costa Rica²⁰ y relativamente letrados.

Habría que señalar, sin embargo, que su particular localización en el Distrito de El Hospital (hacia 1904), se vio apreciablemente equilibrada, a raíz de fuertes procesos de expansión de barriadas populares, hacia la parte oriental y la más meridional de la ciudad. Con ello, si bien en 1927, una cantidad muy importante de sastres residían aun en la parte noroccidental (102 que redondeaban el 38.9 %), ya por entonces una cantidad idéntica se había establecido en el antes menos importante Distrito de La Catedral.²¹

La información, en igual modo, permite apreciar claramente que la estructura por edades del gremio se modificó en forma notoria en ese breve lapso. En general se puede observar lo que pareciera ser una más tardía y limitada incorporación al oficio, dado que en el mayor número de los casos (15.6 % del total) se trataba de individuos entre los quince y los diecinueve años de edad, lo cual refleja una tendencia más o menos similar que la registrada en el censo anterior, sin embargo debe notarse que a diferencia de 1904, en esta ocasión, el grueso del gremio, tendió apreciablemente a ser mayor de los treinta.

Esta situación se observa muy claramente en el cuadro comparativo que hace evidente que, mientras a principios de siglo los trabajadores se concentraban especialmente en grupos de edad oscilantes entre los quince y los veintinueve años (más del 60% no excedía los treinta), casi un cuarto de siglo después tal situación se revertiría considerablemente (tan solo el 37 % no había llegado a esa edad).

Vista detenidamente, la información resumida en su conjunto sugiere un relativo "envejecimiento" del gremio.²² ¿Cómo explicar esta situación? Nuevamente el subregistro provocado por la falta de cobertura del censo podría estar determinando diferencias sustanciales (debe recordarse que, como ya antes ha sido subrayado, altos porcentajes de oficiales y aprendices aparecieron significativamente agrupados como residentes en barriadas populares del sur de la ciudad en 1904, lo cual no deja de expresar una cierta tendencia a la localización), pero también la posibilidad del fuerte impacto de la crisis de 1914 -19 sobre el mundo artesanal urbano puede ser invocada para dar cuenta de la contracción experimentada en grupos de edad, que en tal coyuntura deberían haber estado empezando a hacer de "pericos", o iniciando formalmente su aprendizaje.

Ello podría explicar el que sean los grupos antes más numerosos e importantes, entre los veinticinco y los treinta y cinco años (justamente los que empezaron en aquellos malos tiempos de la Gran Guerra), los que se vieran más reducidos, pues después de todo, no puede obviarse que aquel período de contracción de la demanda, desempleo, baja salarial y conflicto en los principales ramos artesanales, debió haber representado un pasajero pero muy sensible golpe, que disuadiría a muchos de aceptar y enseñar a nuevos trabajadores, así como de momento debió haber sembrado dudas acerca de las expectativas y posibilidades reales derivadas del aprendizaje y dedicación al oficio.

Lo anterior no es en modo alguno una apreciación tan gratuita si se considera que esos tiempos de contracción y de crisis coincidían con un notable proceso de consolidación de talleres y almacenes comerciales, que sin hacer perder viabilidad a la unidad doméstica, si la estrujaban, reasignándole funciones y términos de participación aún más subordinada. El volumen de trabajo familiar y la dedicación exclusiva al aprendizaje y al oficio por parte de menores, deben en ese sentido haberse visto con ello replanteados.

En todo caso la misma información arrojada por el censo deja claro que, luego de los traumas de la segunda década del siglo, un sector predominante de los trabajadores registrados se dedicaba por entero –al igual que en el primer decenio– a las labores de sastrería. El mayor número declaró que laboraba en un taller (90 casos que representan un 31.6 % del total), en tanto cantidades muy similares de trabajadores afirmaron laborar en talleres de sastrería (28.8 %) y en la propia casa (29.5 %). Un grupo más reducido (15 de los registrados que representaban un 5.3 %) aseguró laborar en establecimientos comerciales y el resto de declarantes (apenas el 4.3 % del total) se distribuyó en grupos muy reducidos cuyo lugar de trabajo era la calle o algún otro sitio no relacionado con el oficio (v.gr. panaderías, ebanisterías, etc.). La información sugiere, lo que en todo caso los entrevistados dejaron bien sentado: el sastre propiamente dicho, “se dedicaba exclusivamente a lo suyo”, y era –a diferencia de otros trabajadores– excepcional en su caso el ejercicio simultáneo de varios trabajos.

Por otra parte, la información periodística y oral reafirma algo ya constatado para períodos anteriores, que de por sí subsistiría posteriormente como característica distintiva durante varias décadas. El trabajador dedicado a las labores de sastrería –aún buena cantidad de los que declararon trabajar en talleres– realizaba su faena en casa, con lo cual la vinculación del trabajo con la vida familiar, doméstica y comunitaria se mantuvo relativamente inalterada por muy largo tiempo.

Aunque del número total, ciento dieciocho (el 41.1 %) trabajaban por cuenta propia, es innegable que buena parte de los trabajadores, ya por 1927, eran empleados (de hecho si nos atenemos al censo, prácticamente la mitad, un 50.9 %, podría decirse trabajaba en tal condición). Aun así, no puede perderse de vista que muchos de los “empleados”, frecuentemente atendían trabajos adicionales por su cuenta, y que también los catalogados como “independientes”, por lo general, estaban en mayor o menor medida sujetos a contratos con talleres y comerciantes. El mismo caso de los veintitrés “propietarios” ilustra esta curiosa situación, pues, según revelaron algunos de los informantes, muchas veces incluso el dueño de un local atendía contratos de grandes talleres y establecimientos comerciales. Ello, sobra decirlo, tuvo importantes consecuencias a nivel del perfil ideológico y las inclinaciones políticas del gremio. Un sentido de explotación típico en artesanos comúnmente desposeídos (algo más del 60 % indicó no poseer propiedades), fue curiosamente rimado con una heterodoxa ética del trabajo y con una excelsa autopercepción, dentro de un mundo laboral en el que el mismo sastre se asumía como trabajador explotado al igual que los demás, pero a diferencia de la gran mayoría, “mas independiente y privilegiado”.²³

Cuadro 3

SASTRES DE LA CIUDAD DE SAN JOSÉ: RELACIÓN CON EL JEFE DEL HOGAR. AÑOS 1904 Y 1927

Relación con jefe agrupado.	1904 No.	1927 No.	1904 %	1927 %
Jefes y cónyugues	124	164	42.5 %	56.9 %
Hijos/yerno/nuera	98	77	33.6 %	26.7 %
Otros parientes	32	26	10.9 %	9.0 %
No parientes	24	21	8.2 %	7.3 %
Indeterminados	14	00	4.8 %	0.0 %
Totales	292	288	100 %	100 %

Fuente: Censo Municipal de San José, año 1904 y Censo de población de la República de Costa Rica, año 1927.

El examen de los grupos familiares, y más específicamente de los hogares de los sastres, revela transformaciones bastante significativas que ponen de relieve el alcance real de las alteraciones experimentados en la estructura por edades del gremio y quizás también de eventuales cambios en las posibilidades de acceso a viviendas independientes.

El cuadro No. 3 hace patente que a diferencia de 1904 (cuando en el ramo dominaba una población más joven), en 1927 fue mucho más frecuente encontrar a sastres en calidad de jefes del hogar y cabezas de familia. Muy distinta es la situación del resto de figuras y miembros que –si bien se mantiene más estable– sufre leves cambios, evidenciándose así en los años veinte, una leve disminución del porcentaje de los hijos, parientes y no parientes, dedicados a la sastrería y residentes en condición de dependencia o sujeción a un jefe.²⁴

Aun así, los datos reunidos son claros al poner de relieve una enorme alteración del estado civil de los artesanos josefinos, dado que si en 1904 la gran mayoría de los trabajadores (exactamente 64%) permanecía en soltería (frente a 31.2 % casados), para 1927 ya la situación lucía perfectamente equilibrada, con motivo sobre todo de los cambios ya señalados en los distintos grupos de edad (el 46.9 % de solteros, apenas si sobrepasaba a un porcentaje del 46.5 que declaró vivir en matrimonio).

Indistintamente de todo lo anterior, la confrontación de los datos sobre edad y estado civil permite, de cara a lo palpable en otros gremios, el advertir la relativa estabilidad y alta autoestima del trabajador de sastrería.²⁵ La tendencia a la permanencia y continuidad en el oficio experimentó, con motivo de las fluctuaciones de la economía, una seria contracción que evidentemente debilitó, más en modo alguno agotó la tradición laboral.

La información testimonial reunida permite corroborar que la situación afrontada por el gremio de los sastres en el periodo de entreguerras fue ciertamente traumática pero también coyuntural. Absolutamente todos los informantes (iniciados en las labores de sastrería en esos escabrosos decenios) declararon haberse visto directamente influidos por miembros del grupo familiar al momento de plantearse el futuro laboral y decidir dedicar tiempo al aprendizaje del oficio, lo cual es indicativo de que pese a todo la tradición –aunque severamente afectada– sobrevivió al tiempo aciago.

Con excepción de un artesano, hijo de padres extranjeros recién inmigrados, el conjunto de los trabajadores entrevistados declararon ser hijos de algún sastre o costurera y aunque no siempre tuvieron completa conciencia de la incidencia de los familiares en el afianzamiento de su vocación u opción laboral, es claro que el peso de las situaciones domésticas y las múltiples determinaciones de la experiencia, los contactos, la autoridad y, en suma, la vida familiar, se hicieron sentir en múltiples sentidos, en momentos cruciales de definición del destino laboral. En las conversaciones con viejos sastres josefinos contactados, buena parte de ellos refirió la importancia del hogar y el parentesco, con frases y ejemplos que venían a colación sin mayor asedio, ni mediación de preguntas:

*“...la familia tenía que ver...a muchos fueron los mismos papás los que los enseñaron, porque al menos a mí, al que me enseñó sastrería, una señora le había enseñado a pegar mangas, una señora que era la esposa de su hermano. Ella sabía porque ese hermano le había enseñado en otro tiempo”.*²⁶

Otros casos, como el del señor Ulises Ortiz, en igual modo dan cuenta de la enorme importancia del grupo familiar en el forjamiento y afirmación de largas tradiciones laborales. Hijo de un sastre y de una costurera (descendientes a su vez, de familias en las que sastres y costureras habían ya destacado), el señor Ortiz habló una y otra vez de cuestiones que hacen manifiesta la importancia de la familia en la transmisión de ciertas habilidades, certidumbres y ventajas, en un mundo del trabajo que le fue y le sigue siendo propio. Consultado al respecto manifestó sin mucho pensarlo:

*“...mi abuelo frecuentemente le decía a Papá: «Aprenda un oficio donde no tenga que estarse soliendo, donde no tenga que estarse mojando. Ojalá un oficio limpio y asiado». Entonces él influyó en eso y ya después lo puso a aprender con Humberto Vargas...La realidad es que mi papá trabajó en eso y siguió trabajando, hoy en un taller, mañana en otro. Ya nació yo que soy el hijo mayor de la familia...y ya por mil novecientos treinta y cinco o algo así, yo medio me recuerdo que Papá me llevaba de la mano ahí donde Ramírez Valido...Así en esa forma, cuando ya yo tuve una edad de doce, trece años, y mi familia, pues era una familia pobre, de hogar obrero, habían hermanillos pequeños y mucha necesidad en la casa. Aquella época era muy costosa de poder uno...pues estudiar como es hoy más fácil para la gente. Entonces yo veía la necesidad en la casa y yo dije que va 'mbre, yo no puedo estudiar, yo quiero aprender oficio. Entonces casualmente estaba vivo el que le enseñó el oficio a mi papá y entonces él me puso a que aprendiera a hacer pantalones”.*²⁷

En otros casos, los informantes no tienen clara cuenta de la particular gravitación de los padres. Concretamente en un par de casos, dos viejos sastres indicaron que su vinculación con el trabajo fue producto de la mera casualidad. En ciertos momentos de la conversación, sin embargo, fue evidente que la orientación y el destino laboral fueron más producto de una experiencia recabada, de redes relacionales y de imágenes interiorizadas acerca del trabajo, las jerarquías gremiales y el prestigio laboral, que una mera eventualidad o accidente del destino. Se podrían documentar diversos casos de sastres en cuya vinculación con el oficio mediaron claramente factores étnicos, sentidos de pertenencia a grupos y comunidades o relaciones de compadrazgo, como fueron, por ejemplo, los casos ya mencionados de Harold Nicholas (quien no atribuyó mayor importancia al rol del padrino, un hombre vinculado directamente con el oficio, que le llevó a aprender a un taller de sastrería) o el de la larga tradición de la familia Grant (cuyos miembros de origen jamaicano, en parte se vincularon inicialmente a la sastrería, gracias a la existencia de nexos y sentimientos de solidaridad y pertenencia a un mismo grupo). Más allá de eso incluso, algunos sastres consultados no apreciaban en su justa dimensión, la decisiva importancia de las redes familiares y la notable gravitación de miembros de la familia, en alguna medida próximos al oficio. Así, por ejemplo, José Román Chavarría, como anteriormente se indicó, nacido en Guanacaste e hijo de una costurera manifestó:

“...yo no tuve parientes que se dedicaran a la sastrería. A mí, la idea nació de mi mamá, porque cuando yo me vine para aquí (San José), díay a mí lo que me gustaba era la carpintería y la ebanistería. Pero ella razonaba muy prácticamente. Me dice un día: «No hijo ¿Qué vas a hacer? ¿Para qué un carpintero si aquí la gente se sienta en un cajón o en un banquito lo más? En cambio, por qué no aprendes a hacer pantalones, porque pantalones

*en todas partes que vayas, encontrás que la gente anda con pantalones». De ahí que yo me metiera en la sastrería. Al final creo que tuvo razón. Conste que yo pienso que la sastrería, para el obrero no es lucrativa, no es buena. Todos los que han sido sastres, si han puesto tienda, han surgido, pero como sastrería nada más, se vive y punto”.*²⁸

En este caso el informante sopesa más la situación de oportunidad y no destaca en lo absoluto el posible aprovechamiento de la experiencia adquirida a través de la madre. Un caso aún más llamativo es el de Guillermo Ruiz Blanco, quien incluso bromeo al momento de ser preguntado acerca de las razones que motivaron su dedicación al trabajo de la sastrería. El señor Ruiz también hijo de una costurera, expuso sencillamente:

*“...yo llegue de trece años...Mi papá se vestía donde los hermanos Montero, mi mamá, al ver que yo no estaba sirviendo para el estudio dijo: «Bueno aquí yo he visto que los sastres trabajan de noche. Si eso es lo que quiere, ese va a ser el castigo». A mí me metieron en ese oficio más por castigo que por otra cosa. Buscaron a un señor y él les dijo: «Si él muchacho tiene iniciativa yo me doy cuenta en unos quince días, sino se lo mando para la casa». Lo primero es que a uno le daba vergüenza no servir para algo, segundo pues que quería aprender a hacer alguna cosa para defenderse”.*²⁹

Cierto es que en este caso pesan otro tipo de situaciones (a saber que el señor Ruiz, el sastre de menor edad de todos los entrevistados, pertenece a una familia y a una generación más sensible y atenta a las expectativas profesionales y oportunidades laborales que la segunda mitad de siglo abrió), sin embargo, esta visión casuística tiende a minimizar la importancia de las relaciones personales y la experiencia de los padres, al momento de valorar el por qué de su inclinación por el oficio de sastre.

En otras ocasiones –particularmente en los casos de inmigrantes–, los vínculos se hacen extensivos a otros miembros de la familia e incluso a “coterráneos” que aportan el ingrediente de contactos preliminares, solidaridades y apoyos indispensables. Aunque también se trataba de simples conocidos o amigos que propiciaban oportunidades de trabajo o colaboraban temporalmente con un techo, muy frecuentemente se trataba de elementales redes familiares, bien dispuestas para promover la incorporación de nuevos miembros del grupo familiar como trabajadores. Ramiro Ramírez puso constantemente de relieve la importancia de este recurso. El era hijo de un hogar campesino y, siguiendo los pasos de su hermano, llegó a probar suerte a la capital a principios de la década de los años cuarenta:

*“...yo era grande ya y me interesaba, finalmente me hice sastre. Primero aprendí zapatero, a montar zapato de mujer, pero yo tenía un hermano que era sastre, entonces yo por la noche me ponía a ayudarlo, estar entre telas y travesar la máquina, y me gustaba la sastrería. Yo llegaba a las siete y me quedaba con él hasta las dos de la mañana a veces, aprendí rápido...La zapatería no me gustaba, aprendí porque mi hermano me decía que era un oficio más rápido de aprender y la sastrería era un oficio mucho más difícil. Pero yo aprendí rápido. Yo no gaste años como decían los maestros, a mí solo me tomó un año ser sastre”.*³⁰

En algunos casos la herencia de posición social de los padres fue determinante al momento en que se decidían los futuros laborales. Aún en los años treinta era

frecuente que sucediera algo que caracterizó a ciertos ramos artesanales en el último tercio del siglo XIX: la fuerte gravitación de estrategias familiares que en buen grado predeterminaron la continuidad transgeneracional de determinados miembros en un mismo oficio.

La transmisión de las buenas artes, el prestigio y los instrumentos de trabajo, se sumaba así a la carencia de oportunidades o visiones de mundo que propiciaran alternativas ocupacionales. Desde este punto de vista, la “herencia del oficio” como medio de vida era –aunque no simple y únicamente– una suerte de legado impuesto por la estructura social y la situación de clase. No es de extrañar por ello la constante alusión a redes sociales y/o familiares que favorecían el contacto, ingreso y permanencia en el ramo:

“...yo tengo un primo que estaba trabajando conmigo, él es pantalonero...después hay un hermano de él que es saquero, ellos aprendieron por medio de mi papá. La relación es esa, el que comenzó el oficio fue mi papá, de él nació que yo aprendiera, que aprendiera un tío mío, hermano de mi mamá, y después estos han seguido dos sobrinos y de ahí también salió este hijo mío. Todo empezó con papá”.³¹

En igual forma, los informantes indicaron en la totalidad de los casos, que otros miembros del grupo familiar o bien se dedicaban por entonces a la sastrería, o llegaron a incorporarse y a extender posteriormente la red, involucrando a jóvenes familiares, a los cuales enseñaron en casa desde pequeños o condujeron al taller una vez que cursaron la educación primaria. A pesar de no haber tenido aprendices en su taller, el señor Nicholas refirió que había también un aprendizaje informal en el ámbito doméstico:

“...el ritmo del trabajo fuera del taller en ciertas épocas se aumenta, entonces el operario duplica sus horas de trabajo y en los hogares por los general en todos, hay familia pequeña, incluso la misma esposa, ama de casa, les ayuda a hilvanar, sacar hebras de los sacos, pegar botones o todas esas cosas, todos convergen en esos momentos de apremio a ayudar...Yo conozco muchas señoras y a bastantes hijos que en su mayoría la sastrería se ha ido transmitiendo como por generaciones. El hijo mío, como yo trabajo, entonces va aprendiendo a la par mía y en esos momentos álgidos entonces él me ayuda y ese fenómeno es el que se sucedía en ese entonces. Más que no habían escuelas en sastrería, eso se iba transmitiendo de familia en familia. Como yo trabajo en sastrería entonces pongo al muchacho, yo desaparezco pero él queda. Esos son detalles que no se ven, son detalles ocultos dentro de la misma casa”.³²

Incluso en el caso de sastres que emigraron de su pueblo de origen y más tarde se dedicaron a las labores de sastrería, el peso específico de los vínculos familiares se haría también sentir poderosamente al momento de valorar opciones de trabajo en el nuevo universo social. Importantes tradiciones laborales dieron principio gracias a solidaridades que favorecieron el enrolamiento y aprendizaje del oficio:

“Mi hermano mayor era sastre, él se vino muy pequeñito para San José, se vino con el padrino, vendió periódicos y un día el señor lo llevo a un taller. Otro vino a estudiar y últimamente se dedico a tomar licor, no termino de estudiar, y aprendió sastrería también.

*Otro que trabajaba en el campo allá, de sabanero en las pampas también se vino y aprendió, de manera que éramos cuatro sastres...mi hermano me enseñó a mi y yo enseñé a los otros dos”.*³³

Los declarantes coincidieron al señalar que la sastrería fue una providencial manera de dar honrosa respuesta a limitaciones objetivas. Uno tras otro, los informantes señalaron que en sentido estricto, su aprendizaje y dedicación al oficio se debió a la falta de alternativas. Las circunstancias mismas impusieron una estrategia de fuerte apuesta de la familia trabajadora, a lo que parecía en principio más digno y promisorio. Por entonces las políticas de Estado en materia social y educativa, si bien es cierto habían abierto francas opciones a un vasto sector de la población, resultaban aun insuficientes –y en muchos casos apenas paliativas– para romper el cerco de limitaciones y lastres que impedían el efectivo aprovechamiento de las nuevas oportunidades.

Las declaraciones de los sastres que nacieron y aprendieron el oficio en la primera mitad de la centuria patentizan el hecho de que las bondades y la dignidad dimanadas de la adscripción al gremio, eran algo a lo que se accedía solo posteriormente, ya que en principio, poco de enaltecedor tenía el ser “perico de taller”. En todo caso, las declaraciones remarcan que la situación de clase y las redes relacionales, en conjunción con las representaciones acerca del mundo laboral urbano y del lugar que dentro de él ocupaba la sastrería, incidieron significativamente en el rumbo u opción definitiva de los artesanos. A excepción de uno de los consultados, la totalidad de los trabajadores indicó que su vinculación y permanencia dentro del oficio fue particularmente condicionada por la falta de alternativas, así como por el peso de la tradición y las estrategias familiares. Así por ejemplo, el señor Nicholas (el mayor de todos los sastres consultados), indicó que su opción ocupacional nació en principio de su predilección y aptitudes para la sastrería, pero agregó de inmediato que también era cierto que otro tipo de condicionantes como la mentalidad de los padres y la situación familiar, se hicieron sentir decisivamente:

*“...en aquel entonces, con las limitaciones que habían en esos años para los distintos estudios y esas cosas, mis padres optaron por que yo siguiera alguna profesión de obrero o trabajador así corriente. Esas eran todas las finalidades. Ellos no tenían la mentalidad que tenemos ahora, después de aquellos años. Lo de ellos era una cuestión de supervivencia, una mentalidad de supervivencia en relación con el trabajo”.*³⁴

En buena medida esto es lo que también traslucen las palabras de José Román Chavarría, quien reveladoramente señaló:

*“...yo me traje a mi hermano pensando en su bien. La sastrería tal vez no sería lo mejor, pero era lo que estaba más al alcance de las familias pobres. Porque no solo la sastrería, el muchacho salía de sexto grado: ¿qué pasaba con él? ¿qué iba a hacer? Entonces la mamá se lo daba al vecino que era zapatero, o que era carpintero, o que era mecánico o sastre como yo. Así nacían los obreros. En las ciudades las gentes metían a los hijos en los pocos oficios que habían ¿verda? y algunos, muy pocos, que podían los metían a estudiar”.*³⁵

En ciertos momentos, las referencias sugirieron incluso que la opción laboral elegida fue una suerte de imposición de las mismas circunstancias sociales y familiares.

El punto se resume en la sencilla frase de don Antonio Pérez, un sastre que habiendo asegurado educación profesional a su descendencia, manifestó que en su caso habían sido otras las condiciones y que él se hizo sastre a muy corta edad, pues "...definitivamente en aquellos tiempos solamente estudiaban los que podían".³⁶

Sastres que reflexionaron acerca de su propio oficio y de las circunstancias dentro de las cuales decidieron adscribirse a él, dijeron cosas como:

"Esto nunca fue la gran cosa. Porque antes fue bueno, en el sentido de que antes había...habían sastres, había zapateros, había albañiles, porque no había colegio de secundaria en que los muchachos pudieran aprender algo rápido. Era como un recurso para que la gente tuviera algo con que ganarse la vida".³⁷

A pesar de los cambios experimentados a lo largo del tiempo, esta situación condicionada tanto por patrones socioculturales como por límites objetivos en las expectativas de clase, continuaría haciéndose sentir aún en momentos en los que el abanico de posibilidades y alternativas fue extendido por el intervencionismo estatal, sobre todo a partir de la segunda mitad de siglo.

Si bien es cierto los oficios artesanales urbanos paulatinamente dejaron de ser la principal alternativa, continuaron por mucho tiempo constituyendo una "opción de primera mano" para las familias de bajo ingreso, que veían por distintos motivos frustrados sus anhelos de movilidad social a través de los nuevos mecanismos puestos a su alcance. Un sastre, recordando la década de los años cincuenta, lo resumió en unas pocas frases:

"...teníamos todos casi las mismas edades, eran muy similares, trece, catorce, quince años...era gente que salía de la escuela. No teníamos algunos, muchas personas...también la casa, no había mucho dinero y había que aportar algo...muchos trabajaban y se iban por la noche al colegio...muchos no pegábamos...la mayoría por lo menos pasamos por una aula de colegio".³⁸

Estaban cambiando las opciones, las expectativas y la estructura de la sociedad en su conjunto. Evidentemente, tanto la imagen social como el sentido mismo del aprendizaje y desempeño en el ramo, necesariamente debían verse sustancialmente replanteados. El oficio con mayor frecuencia empezó a verse, no ya como la ocupación a la que se consagrara todo el tiempo, sino que fue transmutándose poco a poco en una simple y pasajera etapa dentro de la trayectoria laboral de las nuevas generaciones. En todos los casos fue posible constatar el que los hijos de los sastres –en su gran mayoría disuadidos por los propios padres– luego de aprender y servirse durante algún tiempo del trabajo en el taller, optarían por abandonar el oficio y dedicarse a profesiones para las que tuvieron ocasión de prepararse. Así por ejemplo fue posible escuchar en la mayoría de los casos amplias referencias al nuevo rumbo laboral de la familia:

"...inclusive mis hijos, al grande yo lo enseñé. El estaba haciendo bachillerato y siempre venía, después no porque se metió a la universidad. En el primer año no podía seguir viniendo, después sí llegaba y me ayudaba. Después otro también aprendió, ese fue pantalonero, ahora está en los Estados Unidos. Los dos aprendieron bien, pero no se dedicaron al oficio. Principalmente fue un medio de vida, porque uno se ayudaba con

*eso. Otro trabajaba conmigo aquí, y estudiaba en el vespertino allá en el Vargas Calvo, así hizo el bachillerato y también aprendió el oficio”.*³⁹

Aun en los casos en los que fue posible comprobar que algunos de los familiares de los entrevistados siguieron sus pasos y a la fecha –sobre todo hijos o sobrinos que empezaron en los años cincuenta o principios de los sesenta– se mantienen activos en el oficio, es claro que las últimas generaciones han perdido interés y contacto con el mundo de los talleres:

*“...un hijo mío es ingeniero, otra sacó secretariado y otras cosas ¿verdad? La otra, pues comenzó a estudiar derecho...Mi hermano mayor dejó un doctor en España y hay también tres sastres. El si le enseñó a los hijos...son varios los sobrinos míos que aun están trabajando en la sastrería”.*⁴⁰

Es claro que la situación ha cambiado apreciablemente y de ello son perfectamente conscientes los trabajadores del ramo. Las nuevas opciones profesionales y las expectativas del desarrollismo, contribuyeron a un mayor desgaste y desvalorización de la imagen social del oficio y con ello a un progresivo abandono de las expectativas de transmisión intergeneracional de experiencias, contactos y bienes. Llegó el momento en que el atractivo de la sastrería como opción de trabajo desapareció casi por completo. Así lo hicieron ver los propios informantes en diversas ocasiones:

*“...hoy en día, nuestra juventud no quiere aprender oficios, los jóvenes de ahora no quieren ser obreros...para llegar a ser obreros y llegarse a capacitar, tienen que pasar por un proceso de cinco años para llegar a ser competentes y llegar así a ganar más. Días tal vez les sirve más a ellos ser un profesional, donde ellos van a recibir salarios mejores...ya solo los que nacimos en aquel tiempo, porque era una época muy artesanal”.*⁴¹

Es harto significativo que incluso el sastre de menor edad indicara que entre los aprendices no tuvo nunca un familiar, pues –ya desde los tiempos de su juventud, en la década de los años sesenta– la alternativa de la profesionalización despertaba más interés que la de un “simple oficio”:

*“Yo en otro tiempo enseñé a muchos muchachitos...la relación que más existía es porque yo era amigo de los padres. La señora mamá, el tío, el hermano, me decían tal vez: «Mira, enseñale algo porque este que va, ya en la casa no lo aguantamos». Entonces yo les enseñaba a hacer sacos...aunque muchos abandonaban el oficio, no todos seguían. A familiares míos no les enseñé. En la casa no les dio por la sastrería, preferíamos que estudiaran. La familia lo prefería así”.*⁴²

Más en general la cuestión que se remarca una y otra vez es la relativa al agotamiento de las expectativas en torno a la ocupación de sastre. Es reiterada la alusión al gran cambio experimentado en el ramo en los últimos treinta años. Al referirse al punto, los sastres entrevistados coincidieron en sus impresiones, experiencias propias y discursos.

Indistintamente de que se trate de una suerte de variaciones sobre un mismo tema, lo cierto es que la visión prospectada es sombría y expresa en realidad una clara

situación de ruptura, luego de un largo proceso de desgaste y debilitamiento de la tradición laboral. Luego del decenio de la integración económica, del despegue de la globalización y de la devastadora coyuntura de la «década perdida», la tradición que había resurgido en el segundo tercio del siglo empezó primero a acusar claros signos de agotamiento, luego evidenciaría serias contradicciones a la altura de los años sesenta y con posterioridad a ello, un franco deterioro que la llevaría a punto de colapso y, ruina hacia la década de los ochenta.

Las evocaciones de “un tiempo mejor” se repiten y los discursos llegan a confundirse, al reiterar las mismas situaciones y los mismos criterios:

*“yo les he enseñado a unos doce o catorce a hacer sacos...En la actualidad ya no es así, ya nadie quiere aprender, todo mundo es solo estudios. De hace unos diez años para acá, ya casi nadie aprende. Antes en todos los tallercitos había un aprendiz, pero ya no”.*⁴³

Otros informantes, indicaron que la pérdida de interés por la sastrería venía haciéndose evidente incluso desde mucho tiempo atrás:

*“Como de los sesenta para acá se fue perdiendo el interés de ser obrero, uno que otro con mucha necesidad. Entonces yo le enseñé a varios muchachos a hacer sacos. Ya después ya nadie viene y dice «Mire ¿Usted puede enseñarle a mi hijo?». No, ya nadie viene a eso...Conmigo aprendieron varios, unos eran parientes, otros eran amigos, eran del lugar del barrio donde uno vivía y así, relacionados siempre con una amistad, pero ahora ya eso cambió”.*⁴⁴

Al margen de todo lo anterior, es claro que la valoración, la imagen y las expectativas trazadas en torno al oficio han venido a menos y ello no es casual. Los mismos trabajadores refirieron una considerable cantidad de problemas que han aquejado al ramo en los últimos decenios, afectando indiscutiblemente su reproducción. Esto es particularmente significativo, pues hace manifiesta la relación existente entre los cambios globales de la sociedad (educación, políticas sociales, familia, etc.) y sus expresiones más concretas, en este caso el agotamiento de estrategias familiares, patrones de reproducción socio-ocupacional y, en suma, tradiciones laborales de muy larga vida.

Cuando los sastres expresan que su cotidianidad y sus trabajos cambiaron, están con ello haciendo manifiesto que el marco social dentro del cual sus vidas y actividades laborales tenían usualmente lugar, de algún modo ha sido sustancialmente afectado. Si en otros momentos la actividad comercial que acompañó la inserción al mercado mundial, la difusión de tecnología reductora de costos y la cultura de masas que avivó un estimulante consumo, favorecieron al ramo y propiciaron tanto la pertenencia como la permanencia dentro del mismo, en las últimas décadas, los grandes cambios experimentados a nivel del conjunto de la sociedad por el contrario han repercutido muy desfavorablemente, poniendo fin a patrones de reproducción y tradiciones laborales sumamente antiguas.

Hubo aspectos constantemente recalcados por los entrevistados, como la competencia desleal, las políticas neoliberales y la inmigración masiva de trabajadores centroamericanos. Esto último fue destacado como un factor sumamente problemático y, aunque visiones xenófobas propiamente dichas no afloraron, lo cierto es que una cierta atmósfera de animadversión y recelo quedó flotando en el ambiente:

“...el problema de ellos es que son obreros que no están tan capacitados...ellos vienen a que mucho negocio, muchas de esas butics que llaman ahora, les contraten trabajo y entonces les pagan cochinas, tal vez ocho mil colones por un saco y un pantalón. Estos muchachos vienen por necesidad y por ello se aprovechan. Les dan a esta gente trabajos, que aunque no sean tan bien hechos como una sastrería, pero ellos se los venden a las butics y la gente después va y compra. Eso nos ha perjudicado, porque esta gente le trabaja en esa forma a ellos...el trabajador costarricense no se aboca a estar trabajando así tan barato”.⁴⁵

En gran medida la indisposición que provoca el problema lleva a un discurso un tanto ambivalente, en el que “el extranjero” que quita trabajo y afecta el negocio es al mismo tiempo visto como una víctima del trepidante capital comercial:

“...los extranjeros que vienen de Centroamérica a trabajar a Costa Rica, vienen y se ofrecen por menos precio. Hay patrones que los encierran a trabajar de noche y no les pagan ni carajadas sociales, ni nada. Les pagan menos que al operario de acá y eso porque tal vez el nicaragüense se ofrece a trabajar más barato ¿verda? Y todo eso lo perjudica a uno...Nicas siempre ha habido, antes sí eran buenos operarios y les pagaban igual que a todos ...yo cobro por hacer un saco, un vestido, digamos veinte mil colones, ellos hacen un saco por cinco mil, poniendo el forro, el material y todo, le pagan al operario mil, mil quinientos y llenan las tiendas de ropa. Todo eso nos perjudica a nosotros”.⁴⁶

Más allá de esa velada condena a quienes “regalan el trabajo” y “rebajan el verdadero arte de la confección”, los indignados artesanos lamentan la saturación del mercado laboral, la promoción masiva de operarios “poco calificados” del Instituto Nacional de Aprendizaje y muy particularmente resienten las regulaciones de los precios “sin mayor criterio” impuestas por el Estado.

Hay un problema básico y es que en la actualidad los réditos de una faena delicada y agotadora son poco gratificantes. Las expectativas e incentivos económicos, otrora más atractivos en comparación con los de otros oficios urbanos, han experimentado una notable contracción y eso en palabras de los mismos trabajadores ha “complicado más las cosas”:

“Ahora yo digo que es muy poca la gente a la que le interesa la sastrería. Muy, muy poca...Yo veo que por ejemplo un carajo que pinta, le pagan cuatro mil pesos diarios por correr la brocha ahí nada más. Una señora que llega a planchar a la casa cobra quinientos pesos la hora. Me pongo a pensar yo, cómo es posible que un sastre no se gane quinientos pesos la hora. Eso afecta mucho, mal pagado”.⁴⁷

Ha habido incluso trabajadores que –a diferencia de la mayoría de los antiguos sastres que se dedicaban en forma permanente e ininterrumpida al oficio– confiesan estar desde hace tiempo, pero muy especialmente en los últimos años, atentos a otras opciones de trabajo que se les presenten. Al respecto debe ser frecuente que razonen en términos como los siguientes:

“Muchas veces los ingresos no están de acuerdo a la forma que tiene uno de vivir, entonces si a mí, digamos, me ofrecen que vaya a pintar un edificio, que vaya a ayudarle a

*alguien y voy a tener buenos dividendos, yo me voy y me arriesgo ahí a trabajar. Lo que yo necesito es tener solvencia económica”.*⁴⁸

Son muchos los problemas que asedian al trabajador del ramo. La imagen de una industria del vestido en franca caída libre, sumada a la convicción de que la suerte de los pequeños artesanos está echada desde la aparición de un competidor más implacable y nefasto, hacen que hasta los propietarios que se mantienen en la liza del mercado vean con ciertas reservas el futuro:

*“Ahora lo que nos afecta mucho es ese comercio con México. Todas esas cuestiones: que han hecho grandes negociaciones comerciales con grandes países, con Estados Unidos y todo eso. Pues viene ropa tal vez más barata, y también lo que yo encuentro que más nos está afectando a nosotros es este tipo de “ropa americana”, la ropa usada esa, porque esa gente venden vestidos en tres mil pesos, dos mil pesos, y claro que para nosotros es una competencia desleal, porque día y, venden un vestido con lo que vale la hechura de un pantalón, tal vez hasta más barato. Eso nos está afectando muchísimo”.*⁴⁹

Hay, sin embargo, una situación que no deja de ser fundamental para entender el por qué del desgaste y agotamiento de la tradición laboral en el ramo de la sastretería. De algún modo, antes se ha aludido al problema de la autopercepción y al deterioro de la imagen social del oficio, pues la cuestión no es exclusivamente un asunto de rentabilidad o relación de coste-beneficio. Los trabajadores aun blandiendo la majestad de un oficio altamente cualificado, apreciado aún por las conspicuas figuras de la vida política y la alta sociedad, no dejan indirectamente de mostrar su deslumbramiento ante las grandes transformaciones del mundo del trabajo. La informática, el dominio de otras lenguas y las nuevas condiciones y saberes que reclama un mundo de cambios, parecieran apocar a los viejos artesanos.

En otra época, los sastres, aparte de mejor remunerados, se distinguían por hábitos y patrones de consumo y socialización relativamente diferenciados del resto de artesanos de la ciudad; la imagen del sastre era peculiar en un mundo en el cual los trabajadores se ocupaban de lo indispensable. Uno de los informantes refirió con gran complacencia y evidente orgullo que:

*“El sastre guardaba cierta condición de ser superior a los otros. Sentía eso porque, pues claro, es lo lógico, no es que fuera rico, pero como era sastre el podía hacerse mejor ropa, entonces andaba mejor presentado, vestido de corbata y saco todo el tiempo, pues era por la misma condición del oficio que se prestaba para andar mejor presentado”.*⁵⁰

Parte del desgaste de la imagen de distinción y notoriedad dentro del mundo del trabajo se debe justamente al hecho de que esa situación de distinción y ventaja con respecto a otros gremios y actividades laborales ha prácticamente desaparecido. En la mayoría de los casos es ahora perceptible un sentimiento de pérdida de estatus y prestigio:

“En otra época ser sastre era de lo mejor. Todo mundo andaba de vestido entero y corbata, y se la tiraban los sastres ¿verdad? Más los de Ramírez Valido, yo ahí aprendí y me acuerdo de todo eso. Todo mundo ya a las seis se quitaba el pantalón de trabajo y

se ponía el saco y la corbata y el sombrero y su gabardina y ya iban pa' la calle...Ser zapatero era andar todo embarrado de cera y betún, el sastre en cambio andaba bien vestido. El sastre era pesado, se las tiraba de mucho. En cambio ahora no, todo ha cambiado".⁵¹

Tras el aserto de que la sastrería continua siendo un verdadero arte, tras la afirmación de que el aprendizaje formal del oficio es un imperativo en un mundo en el que el auténtico trabajador cualificado ha dejado de abundar, subyace el desencanto con la situación presente, una situación que no reconoce justamente esas condiciones que en otro tiempo ennoblecieron e hicieron sumamente atractivo el oficio.

La sastrería, en suma, representaría hasta la década de los años sesenta una importante opción de trabajo para sectores de la población sobre los cuales se hacía sentir no solo el considerable peso de la tradición laboral y la trayectoria de clase, sino además el acuciante espectro del descenso social.

Tal y como se ha planteado, la sastrería (aun en el caso de quienes lograron la independencia) fue en principio un recurso al que echaron mano muchos de los hijos de las familias que no estaban en posibilidad de ofrecer y/o imaginar un futuro diferente para su prole.

Por factores asociados a la modernización de la sociedad costarricense, beneficiada con las mutaciones contextuales de la posguerra, y muy particularmente a raíz de significativos cambios en los patrones de consumo y la transformación de la industria del vestido, la situación de la sastrería empezó a variar en forma progresiva. Tanto por abrirse nuevas opciones puestas en mayor grado al alcance de los sectores antes ayunos de ellas (educación técnica y profesional, demanda de trabajo en el sector servicios, crecimiento y ampliación de las funciones del Estado), como por estrujarse las perspectivas del ramo artesanal (progresiva saturación del mercado de trabajo, crecimiento mediocre de la demanda, competencia visiblemente desventajosa), la sastrería fue perdiendo los múltiples atractivos que en otras épocas hicieron que infinidad de individuos consagraran su tiempo al aprendizaje y dedicaran toda una vida al oficio. Al igual que otras ocupaciones antes consagradas (maestros, telegrafistas) del viejo mundo heredado, la del sastre devino, poco a poco, en una especie de "destino residual" de la clase trabajadora. Su imagen magnánima, su prestigio social y su dignidad, asociados a un medio comprometido con la formalidad y la elegancia, se han desvanecido lentamente junto con ese mundo lentamente desplazado.

Notas y Citas

1. Mc Bride, Teresa. "El largo camino a casa: el trabajo de la mujer y la industrialización". En Nash, Mary. *Presencia y protagonismo: Aspectos de historia de la mujer*. Barcelona, Ediciones de Serval, 1984. Hobsbawm, Erick. *Trabajadores. Estudios de Historia de la Clase Obrera en Inglaterra*. Ariel, Barcelona, 1979.
2. La situación que se presentó en ciudades latinoamericanas como Ponce (Puerto Rico), es harto ilustrativa. El aumento de la productividad, alcanzado gracias a la modernización de la producción y la extensión de los cultivos de la caña de azúcar, no se vio acompañada de un aumento proporcional de la fuerza de trabajo empleada en el período que sucedió al estallido de la Primera Guerra, una vez se presentó la recesión

económica de los años treinta, muchos hombres puertorriqueños se vieron obligados a participar en labores de bordado de piezas para la exportación, antes realizadas por mujeres y niñas. De hecho el sector llegó a constituir la segunda fuente generadora de ingresos. Ver Quintero Rivera, Angel. *Patricios y plebeyos: burgueses, hacendados, artesanos y obreros. Las relaciones de clase en el Puerto Rico de cambio de siglo*. Río Piedras (Puerto Rico), Ediciones Huracán, 1988. p. 99-128.

3. Esto ha sido sustentado en forma bastante convincente por Bourgois, Philippe. *Banano, Etnia y Lucha Social en Centroamérica*. San José, DEI, 1993.
4. Para el caso de Costa Rica puede consultarse el trabajo de Mora Virginia. "Los oficios femeninos urbanos en Costa Rica. 1864-1927". En *Revista Mesoamerica*, No. 27, Guatemala, Junio, 1994. p.128-155. Otros similares son Rodríguez, Gustavo. "Las compañeras del mineral". En *Nueva Sociedad*, No. 93, ene-feb., 1988. p. 177-186 y Ramos, Carmen. "Mujeres trabajadoras en el México porfiriano. 1876-1911. En *Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, No. 48.
5. Los datos son de Schroeder, John. Directorio de la Ciudad. San José, Imprenta Nacional, 1889. La publicación, al igual que otras de años posteriores, con todos los problemas de subregistro que pudiese tener, es de gran valor, pues ofrece el detalle exacto de ubicación de los sastres.
6. Entrevista con Harold Nicholas. La Florida de Tibás, 12-XII-1996, (material no transcrito e inédito. En lo sucesivo (ined.). El grupo de sastres con el que se tuvo oportunidad de conversar en sesiones individuales de trabajo –con excepción del señor Nicholas– se mantiene activo, absolutamente todos nacieron en la primera mitad del siglo XX y han ejercido el oficio en la ciudad capital. Su edades oscilan entre los noventa y los cincuenta años y en su gran mayoría son o han sido propietarios de taller.
7. El relato casi biográfico y en todo caso bastante representativo de Luisa González, que en cierto momento hace evidente las reservas de los sectores populares con respecto a las opciones abiertas por el sistema educativo, una vez mas revela el fondo de nuestra afirmación. González, Luisa. *A ras del suelo*. San José, Editorial Costa Rica, 1982.
8. A pesar de que aparecen algunos sastres italianos, jamaicanos, nicaragüenses y de otras nacionalidades, el grupo conformado por estos resulta en extremo reducido, esta particularidad pareciera tener su correlato en las profesiones religiosas, pues el grupo de sastres no católicos es con mucho minúsculo, alcanzando entre todos una cifra de apenas dieciocho.
9. La información censal lo corrobora tan ampliamente, como los mismos testimonios y memorias recuperadas gracias a entrevistas hechas a viejos maestros y oficiales de sastretería. Una novela con declarados ecos biográficos, que recupera la cotidianidad de un taller del segundo cuarto de siglo abunda en referencias (desde la lectura del periódico, hasta la correspondencia mantenida por uno de los "pericos" con otro sastre) que ratifican la condición letrada de los trabajadores. Ver Oconitrillo, Eduardo. *Un Tango Llamado Nostalgia*. San José, EUNED, 1988
10. Una importante obra colectiva, ha llamado la atención sobre el hecho de que pese a la especial significación que tenía el asunto a comienzos de siglo, no se ha prestado mucha atención a los lugares de trabajo, ni en general al proceso de especialización de los espacios. En nuestro caso es de particular importancia el destacar la coincidencia

del ámbito laboral y el doméstico, dado que este hecho en definitiva (al propiciar un contacto frecuente y un temprano aprendizaje del oficio), constituyó un factor de capital importancia en la reproducción de trayectorias ocupacionales. Algunas cuestiones de interés pueden encontrarse en Prost, Antoine. "Fronteras y espacios de lo privado". En Aries, Philippe y Duby, George (coord.). Historia de la vida privada. T.V, Madrid, Taurus Ediciones, 1989. p. 13-59.

11. Aunque los datos del censo de 1904 no permiten establecer con precisión el parentesco mas que en el caso de familias nucleares o corresidentes, las probabilidades de que existan nexos familiares entre sastres cuyos apellidos (poco frecuentes en San José) y lugares de nacimiento y residencia coinciden, son enormes.
12. Dentro de la historiografía británica, algunos estudios han señalado con toda puntualidad, algo que debió ser valioso para buena parte de la población costarricense, antes y aun bastante tiempo después de la reforma educativa: el legado mas importante que un padre perteneciente a la clase trabajadora podía dejar a sus hijos varones, era el aprendizaje de un oficio y el "derecho" a ejercerlo, con la conciencia de pertenecer a un oficio artesanal. Un autor ha insistido en que pesar de que la inseguridad era parte de la vida de muchos de los que se encontraban en los oficios cualificados, el abismo entre estos y los trabajadores sin cualificación era real. Para los hijos de los hilanderos de algodón establecidos, el viejo papel paterno de la instrucción en una profesión que se heredaba persistió dentro de la fabrica y parecidas tradiciones persistieron en las áreas mineras, en las que los picadores cualificados llevaban a sus hijos o sobrinos bajo tierra, para iniciar el proceso de aprendizaje. Vincent, David. Bread, knowledge and freedom: A study of nineteenth-century working-class Autobiography. Londres, Methuen, 1982. p. 64-65.
13. Debe ser resaltado que nuestra búsqueda en las bases de datos disponibles, tanto en el caso del censo de 1904, como en el de 1927, permitió advertir la incidencia del parentesco aun fuera de la esfera inmediata de la familia corresidente. En múltiples ocasiones se rastrearon apellidos particulares y fue localizado algún o algunos parientes (hijos o hermanos) ocupados en la misma labor u otras afines, viviendo en sitios diferentes, pero curiosamente –hecha la prueba en el de La Catedral– residiendo en el mismo distrito. También se realizaron búsquedas con sastres extranjeros, conspicuos o de apellidos poco frecuentes en el medio (como Grant, Huembes y Cantillo) con resultados similares.
14. Los estudios sobre el impacto de la revolución industrial británica, han abundado en referencias al caso de los oficios afectados negativamente por los acelerados cambios. Algunas de las cuestiones aseveradas en relación con los roles familiares y el peso de la vida comunitaria en los albores de la industrialización, ofrecen un curioso aunque muy distinto paralelo con los procesos finiseculares acá mencionadas. Así por ejemplo en relación con la familia del tejedor se ha señalado: "Antes de la fabrica el tejedor era el cabeza de una unidad familiar integrada de reproducción, producción y consumo. La esposa dividía su tiempo entre la ayuda al esposo y el cuidado del hogar y los hijos que se introducían poco a poco en el mundo laboral aportando su trabajo en las tareas adecuadas para su edad que sus padres les asignaban. Así a los hijos varones se les enseñaba el oficio del padre, mientras que las niñas aprendían a contribuir en las necesidades de trabajo subsidiario de la industria familiar y, de sus madres, aprendían las tareas y habilidades necesarias para el gobierno y del trabajo en el hogar". Esta es por supuesto entre muchas, una de las tantas situaciones familiares, que aun así ilustra el caso –nada excepcional para nuestro medio–, de una unidad de producción artesanal, en la cual

la estructura de la familia, al tiempo que aseguraba la subsistencia del grupo familiar promovía la preservación de una cierta manera de asegurar la vida. Ver Rule, John. Clase Obrera e Industrialización. Historia Social de la Revolución Industrial Británica. 1750-1850. Barcelona, Editorial Critica, 1990. P. 252.

15. Entrevista con José Roman Chavarria. (ined.) San José, 2-III-1997.
16. Entrevista con Harold Nicholas. (ined.) Tibas, 12-XII-1996. La confección del cuestionario de las entrevistas fue realizada conjuntamente con Carmen Murillo Chaverri, de igual modo las primeras entrevistas fueron llevadas a cabo en forma conjunta. Debo agradecer a Cecilia Dobles algunas observaciones críticas realizadas sobre el mismo. La responsabilidad en lo relativo al aprovechamiento final de tal trabajo y discusiones preliminares, en sus errores e insuficiencias debo asumirla como propia.
17. “(como los obreros hilanderos contrataban a sus barrenderos, escogían a sus familiares: esposas e hijos. Por tanto a muchos niños los llevaron sus padres a las fabricas. Un niño de ocho años entraba como barrendero de su padre. Si se creía que en el futuro podía ser hiladero pasaba a ser piecer(se le enseñaba a hilar hasta que a los veinte años llegaba a ser hiladero. La relación de aprendizaje entre padre e hijo estaba codificada en muchos de los primeros reglamentos de las trade unions que intentaban impedir que los hilanderos reclutasen aprendices fuera de las reducidas clase de los propios hijos, hermanos, sobrinos, etc. Esto era un reflejo de las restricciones en el reclutamiento comunes a muchos oficios artesanales en los que los trabajadores intentaban proteger su oficio frente a la inundación de trabajo barato(al emplear, enseñar e incluso pagar a sus propios hijos o a otros niños estrechamente relacionados con ellos, los hilanderos perpetuaban los valores familiares tradicionales y las estructuras de autoridad que existían cuando trabajaban con sus hijos”. A diferencia de otras experiencias el aprendizaje del oficio de sastre en Costa Rica, no pareciera haber sido un criterio de regulación y control del mercado laboral, tan rígido y extremo. Como ya se ha visto eso contrasta con lo experimentado en Francia o Inglaterra, país este último, en el que por la década de los 1830, los emergentes sindicatos extremaron medidas para restringir el acceso a los distintos gremios, haciendo elevando los niveles de exigencia y extendiendo apreciablemente los años de aprendizaje. Ver Role OP. CIT. p.p. 456-474).
18. La perspectiva que vendría a acentuar la consolidación de grandes talleres y en ese sentido a remarca un efecto depresivo sobre el gremio (al imponer estándares de calidad y replantear los términos de competencia y relación entre pequeñas unidades domésticas, grandes talleres de sastrería y establecimientos comerciales, con la subsecuente presión para los artesanos menos cualificados), no pareciera ser tan importante, pues hacia el período es tangible una clara y marcada subdivisión de categorías artesanales y adicionalmente habría que decir que las formas y términos de subordinación del trabajo doméstico (tanto de sastres como de costureras) con respecto al pequeño propietario de taller o al gran empresario comercial, no experimentaron enormes cambios.
19. Debo reconocer la colaboración de Juan José Marín, quien ha contribuido con útiles mapas y múltiples observaciones al establecimiento y clarificación de los límites de los cuatro distritos censales. Casi todas las novelas y relatos del período, al igual que algunas autobiografías e historias de vida, hacen evidente una intensa movilidad geográfica de las familias trabajadoras. Así por ejemplo en tanto los sastres entrevistados evidenciaron una larga peregrinación domiciliaria a lo largo y ancho del mundo urbano josefino, personajes bastante representativos de la población trabajadora de entonces, (como es el caso de Marcos Ramírez, criado en el hogar de un zapatero, o Luisa

González, hija de una familia de artesanos), deambularon por distintos sectores de la ciudad, antes de poder establecerse.

20. Se conoce de algunos casos de sastres centroamericanos, y de un reducido pero importante número de italianos y colombianos, pero sumados al resto constituían poco más del diez por ciento del total. Al igual que en otras actividades su importancia tuvo que ver no tanto con la cantidad, como con los innegables aportes cualitativos y el dinamismo que imprimieron con su presencia al ramo.
21. Salvo ese visible cambio que equiparó en importancia a los dos distritos que de previo exhibían las mayores concentraciones, no se presentaron variaciones sustanciales en los demás. La Merced con cuarenta y dos sastres (el 16 %), permaneció estable en el tercer puesto y El Carmen que contabilizó dieciséis (6.1 % del total) apenas si mejoró su situación, como producto de la incorporación de algunos artesanos (del distrito "Central" de 1904) que le fueron anexados a la hora de practicarse el censo de 1927.
22. Es interesante sin embargo notar que esta situación contrasta con la registrada en el caso de las costureras, pues con estas la tendencia se invierte. Es profundamente significativo que hacia los años veinte, más del cincuenta por ciento de ellas se encontrará entre los quince y los veinticinco años y, para acabar de redondear la idea, vale la pena llamar la atención sobre el hecho de que casi el setenta por ciento correspondía a mujeres menores de treinta años. La información pareciera indicar que el trabajo de costurera, dentro del marco de las estrategias familiares, tendencialmente pudo haberse concebido (cuando no como medio de vida o recurso de primera mano, en el caso de mujeres cabeza de familia), como actividad transitoria para suplementar el ingreso familiar, en el tiempo en que eventualmente se esperaba una mejor opción laboral, se realizaban estudios o se mantenía la soltería. Ello hace diferencia en relación con los sastres, cuya vida laboral -tanto antes, como después del censo- se prolongó mucho más (mientras el porcentaje de trabajadores cuyas edades eran superiores a los cuarenta años, excedió el 40 % del total, en el caso de las costureras apenas si alcanzó el 13 %). Más allá de la lógica implícita en las estrategias familiares, la explotación traducida en términos de género, así como una clara minusvaloración del trabajo femenino en este ramo artesanal, explican las diferencias tan abismales entre uno y otro gremio. Un interesante paralelo puede encontrarse en el caso de la República Dominicana del primer tercio de siglo. Acá, un período de bonanza de la industria azucarera, estimuló diversos ramos artesanales e incrementó significativamente la capacidad de consumo de importantes sectores de la población, en momentos en los que la máquina de coser se difundía aceleradamente. La costura dentro de ese marco sale del entorno doméstico, para convertirse en un oficio "industrial". Por ese mismo tiempo en una peculiar coyuntura de auge de las economías de exportación (cacao y caña de azúcar respectivamente), también prosperó la costura en grandes talleres y establecimientos de Ecuador y Puerto Rico. En todos los casos se ha remarcado la importancia del trabajo de la mujer, como actividad complementaria dentro de familias con una alta especialización artesanal, así como la enorme explotación del trabajo femenino y la predominancia de menores y mujeres solteras. Al respecto pueden verse de Guerrero, Augusta. "Costureras y producción mercantil en la sociedad dominicana: los orígenes". En Anuario de Estudios Americanos, XLIX, Sevilla, 1992. p.p. 601-614. Ibarra, Hernán. "Indios y cholos en la formación de la clase obrera ecuatoriana". En Historias, No. 23, México D.F., marzo 1990. p.p. 85-103 y Quintero Angel. "La proletarización del artesanado en Puerto Rico". En Historias, No 23, México D.F., octubre, 1990 p.p. 115-127.

23. Las distintas fuentes revelan esa curiosa imagen que de si mismos tenían estos trabajadores. Algunas veces valorando “la limpieza y dignidad del trabajo”, en otras, las diferencias de calificación y salario que les distanciaba de otros, los sastres tendieron a añorar los buenos tiempos en los que su sitio de privilegio en el mundo laboral y la sociedad costarricense estaban mas que puestos de relieve. De hecho algunos de los entrevistados mencionaron sus buenas relaciones con reconocidas figuras pública, y dos de ellos incluso evidenciaron gran complacencia al mostrar artículos periodísticos, en los cuales se ponía de relieve su particular condición de artesanos, maestros en su oficio, encargados de cortar y confeccionar para ex presidentes y altos funcionarios. Ya en todo caso se había señalado que las novelas también destacaron esa distinción lograda gracias al contacto con militares y gobernantes. Oconitrillo Op. Cit. 1988. y Le Carre, John. *El Sastre de Panamá*. 2 ed., Barcelona, Plaza y Janes, 1997.
24. El “envejecimiento” del gremio, debe sin lugar a dudas haber incidido en la radicalización de los datos, pues ubicandose la población trabajadora en grupos de edad mas alta, la probabilidad de que aparecieran como jefes, se incrementó notablemente. Nuevamente habría que insistir en que los efectos perversos de la crisis provocada por la Gran Guerra, sumados al ya destacado subregistro (que eventualmente afectó la contabilidad de sastres menores de edad, residentes en zonas aledañas, pero no comprendidas dentro de los límites de los distritos censales), explica en buen grado, la disminución registrada en el caso de otros miembros residentes en los hogares de los sastres, por 1927. Con todo, los datos del cuadro, permiten apreciar que la disminución porcentual no fue en modo alguno desproporcionada, y si bien los cambios en la estructura del ramo (centralización y concentración), pudieron haber debilitado la tradición laboral de familias engullidas por tales procesos, lo cierto es, que las estadísticas son claras, a la hora en que muestran, la persistente asociación entre los nexos familiares y la vinculación o continuidad en el oficio de la sastrería. Los datos en igual forma corroboran la importancia de la relación entre oficios, pues nuevamente, al igual que décadas atrás, fue posible advertir la frecuente incidencia de las relaciones familiares recalcada entre una buena cantidad de sastres, que aun continuaban residiendo en hogares, en los que alguna de las parientes se dedicaba a la costurería. Es interesante llamar la atención sobre el hecho, de que tanto a principios del primero como a inicios del segundo cuarto de siglo, los datos sobre estado civil, recalcan una diferencia abismal entre el sentido de la dedicación, el ejercicio y el valor atribuido al oficio, en el caso de los sastres y las costureras de la ciudad capital. Los datos favorecen la teoría de una mayor permanencia y dedicación en el caso de los artesanos, en tanto las trabajadoras parecieran tener trayectorias mas cortas y accidentadas. La información reunida para 1927, permite advertir nuevamente la preeminencia del grupo de costureras entre los quince y los veinticinco años, pero lo que es mas importante aun, la impresionante preponderancia de las trabajadoras solteras, que redondean el 77.8 % del total (frente a un reducido 12.1 % de casadas). Sin lugar a dudas, los datos hablan entre otras cosas, de una dimensión bastante llamativa de las estrategias familiares, pero también y particularmente, de las limitadas opciones de vida laboral y profesional, de importantes sectores de la población femenina. Evidentemente, la condición de costurera, que podría ser transitoria (como también en cierto sentido, silenciosamente permanente), lo que revela es una muy baja valoración del trabajo y en ese sentido perfila la imagen de un oficio de tradición, al cual algunas familias -muchas dependientes de una mujer- acuden como recurso de primera mano, para poder enfrentar o al menos “ayudarse en la vida”. En todo caso es claro que existen diferencias abismales en la imagen social y en la percepción que de si mismos tienen unos y otras.

- Entrevista con Guillermo Ruiz Blanco. (ined.) San José, 20-V-1997.
- Entrevista con Ulises Ortiz Álvarez, (ined.) San José, 24-V-1997.
- Entrevista con José Román Chavarría, (ined.) San Pedro, 2-III-1997.
- Entrevista con Guillermo Ruiz Blanco, (ined.) San José, 20-V-1997.
- Entrevista con Ramiro Martínez Ordoñez, (ined.) San José, 5-IV-1997.
- Entrevista con Ulises Ortiz Alvarez, (ined.) San José, 24-V-1997.
- Entrevista con Harold Nicholas. (ined.) Tibas, 12-XII-1996.
- Entrevista con Ramiro Martínez Ordoñez. (ined.) San José, 5-IV-1997.
- Entrevista con Harold Nicholas. (ined.) Tibas, 12-XII-1996.
- Entrevista con José Román Chavarría. (ined.) San Pedro, 2-III-1997.
- Entrevista con Antonio Pérez Molina. (ined.) San José, 3-X-1993. Debo agradecer el material a José Manuel Cerdas Albertazzi.
- Entrevista con Ulises Ortiz Álvarez. (ined.) San José, 24-V-1997.
- Entrevista con Guillermo Ruiz Blanco. (ined.) San José, 20-V-1997.
- Entrevista con José Roman Chavarria. (ined.) San Pedro, 2-III-1997.
- Entrevista con Ramiro Martínez Ordoñez. (ined.) San José, 5-IV-1997.
- Entrevista con Ulises Ortiz Alvarez. (ined.) San José, 24-V-1997.
- Entrevista con Guillermo Ruiz Blanco. (ined.) San José, 20-V-1997.
- Entrevista con Ramiro Martínez Ordoñez. (ined.) San José, 5-IV-1997.
- Entrevista con José Román Chavarría. (ined.) San Pedro, 2-III-1997.
- Entrevista con Guillermo Ruiz Blanco. (ined.) San José, 20-V-1997.
- Entrevista con Ramiro Martínez Ordoñez. (ined.) San José, 5-IV-1997.
- Entrevista con José Román Chavarría. (ined.) San Pedro, 2-III-1997.
- Entrevista con Guillermo Ruiz Blanco. San José, 20-V-1997.
- Entrevista con Ulises Ortiz Álvarez. (ined.) San José, 24-V-1997.
- Entrevista con Ulises Ortiz Álvarez. (ined.) San José, 24-V-1997.
- Entrevista con Ramiro Martínez Ordoñez.. (ined.) San José, 5-IV-1997.